

de los asuntos de las fábricas, hicieron concebir en el ingeniero vienés la idea de la dispersión de las industrias metalúrgicas por otros puntos de la geografía española. Esto era lo que más podía herir a las autoridades alcaraceñas, que pretendían conseguir el monopolio de la industria española del latón. Graubner pidió al Consejo de Castilla la autorización correspondiente para trasladar todas sus fábricas a Sigüenza y Cuenca. Alegaba para ello que de esta manera se evitarían las discusiones con Alcaraz, pues las fábricas dejarían de pertenecer a esta ciudad y, por otro lado, las industrias se hallarían instaladas en lugares más adecuados por su proximidad a Madrid y los mejores medios de comunicación para la venta y salida de los productos.

Con buen acuerdo, el Consejo de Castilla tan sólo accedió en parte a los deseos de Graubner, autorizándole a enviar a Sigüenza la fábrica de quincalla gruesa, con tres maestros de este ramo y otro fundidor, seis aprendices y los utensilios, máquinas y herramientas necesarios. A Cuenca se envió un maestro de alambres con sus cuatro aprendices y las respectivas herramientas y máquinas. Así, las fábricas de Riopar empezaron a desmantelarse aun antes de su funcionamiento, cumpliendo el deseo de Graubner de lograr una dispersión de la industria latonera por la península, para evitar los intentos de monopolio de Alcaraz y para difundir más rápidamente las enseñanzas de aquella industria.

Estas fábricas de Cuenca y de Sigüenza fueron organizadas por Graubner en el año 1778. El 26 de abril de este mismo

año se autorizó también al ingeniero vienés que estableciera una escuela para enseñar la fabricación de charnelas de hebillas. La instalación de esta nueva fábrica se hizo interinamente en la de San Juan, estando completamente bajo la dirección de Graubner. El Consejo de Castilla aprobó las ordenanzas para ella, pero el concejo de Alcaraz estorbó en cuanto pudo su instalación y funcionamiento, poniendo los mayores reparos e inconvenientes, lo que logró bien pronto el fracaso y la liquidación definitiva del proyecto.

EL FAMOSO ARQUITECTO JUAN DE VILLANUEVA INSPECCIONA LAS FABRICAS DE RIOPAR

El rey, y en su nombre el Consejo de Castilla, no descuidaban el asunto de la instalación de unas industrias metalúrgicas tan importantes para la economía del país. Por ello enviaron en diferentes ocasiones a ingenieros y arquitectos de la más reconocida solvencia para que inspeccionaran las obras y aconsejaran a los constructores de las fábricas. En 1779 estuvo en esta misión el arquitecto Francisco Pérez, quien se encargó personalmente de varias obras en particular. En junio de 1780 estuvo también por orden del Consejo de Castilla, el coronel del Cuerpo de Ingenieros Carlos Lemur, quien también elaboró diferentes planes. Y en junio de 1782 fue enviado el famoso arquitecto Juan de Villanueva, maestro del Neoclasicismo español.

Por aquella época las fábricas empezaban a tener verdadera resonancia nacional